

## C A P I T U L O   I I I

### E L   E S C E P T I C I S M O   M O R A L

18. — LA IMAGEN DEL PENDULO — El espíritu del escéptico es un péndulo que oscila entre dos polos dogmáticos opuestos, sin detenerse en ninguno de ellos. El del dogmático puede en cambio compararse a la manecilla inmóvil que señala, con pretensión de exactitud, una hora que no pasa....

La duda no implica el conocimiento. Es mera suspensión del juicio. Escéptico no es el que niega, ni el que afirma, sino el que se abstiene de juzgar.

El que niega es un dogmático, pero un dogmático que profesa un dogmatismo negativo. La negación es, en efecto, una afirmación vista de espaldas.

Meditemos sobre la divisa de Sócrates “sólo sé que nada sé” Esta frase traduce una actitud dogmática, claramente dogmática. Decir que sólo se sabe que no se sa-

be nada, equivale a sostener que algo se sabe con certeza. El saber del no saber es la primera etapa en la senda del conocimiento. De aquí que el moralista griego trate, ante todo, de obtener de sus discípulos una confesión de ignorancia. Los que conversan con Sócrates suelen mostrarse en un principio enteramente convencidos de la verdad de sus asertos. Pero el filósofo destruye, con su acostumbrada maestría, esta seguridad infundada. Los oyentes caen en la cuenta de que su pretendida sabiduría era un haz de prejuicios.

El maestro de Platón comprendió con toda claridad el valor de la duda como método dialéctico. Dudar de lo que se creía saber, no es renunciar a la verdad, sino despojarse de viejos errores. Quien conoce la propia ignorancia no sólo sabe que no sabe. Descubre los pasados errores y prepara el terreno para sólidas edificaciones futuras.

Si el Oráculo señala a Sócrates como el más sabio de los hombres, no es porque sepa mucho. Su sabiduría es la conciencia de sus limitaciones. Otros creen saberlo todo, no sabiendo nada.

El valor de la duda reside en su sentido no epistemológico. El juicio es un dardo lanzado hacia el conocimiento, una predicación con pretensiones de objetividad. Como suspensión del juicio, el escepticismo elimina el riesgo del error, ya que suprime las condiciones en que

éste es posible. Ello explica, al propio tiempo, su esterilidad y su valor. El que duda no acierta, pero tampoco yerra. Dudar es, en este sentido, tomar un seguro contra el peligro de equivocarse y, a la vez, renunciar por de pronto a la posibilidad de conocer.

19 — LA DUDA METODICA — Aun cuando la duda no implica, por sí misma, una postura epistemológica, tiene, sin embargo, una gran utilidad como instrumento metódico. Y esta utilidad deriva, como hemos dicho, de la eliminación de posibles errores.

La duda metódica no puede ser permanente. Es una actitud provisional, es decir, la transitoria suspensión del juicio, como medida de seguridad contra el riesgo de equivocarse. Se trata pues de un medio cautelar, que en su aspecto negativo significa la repudiación condicionada de todo principio no evidente. Esta interpretación tradicional de la duda metódica suscita varias dificultades. Dudar por receta, con la conciencia de que sólo se suspende el juicio por un cierto tiempo, o sea con la certeza de que semejante actitud constituye un medio auxiliar en la investigación, no es, hablando con rigor, proceder escépticamente. Porque la utilización de la duda supone en el investigador la convicción de que su actitud es firme, bien definida y, además, provechosa. Expresado en otro giro el que duda por método, y se da cuenta cabal de su posición, procede en realidad de manera dogmática. Y pro-

ceder dogmáticamente equivale a proceder serena, fríamente, sin dolor o angustia. Esta no es la duda punzante, el aguijón que hiere. Es, valga la paradoja "duda confiada", virtuosismo utilitario.

La verdadera duda, la duda metafísica, no es creación consciente del sujeto, sino angustia o perplejidad que éste sufre, doloroso estado cuya desaparición anhela

20. — LA DUDA SISTEMATICA. — Dudar por método significa creer en la conveniencia de una actitud provisional y, por ende, no es dudar verdaderamente. El hombre que hace de su duda una técnica de investigación, confía en la utilidad de su técnica, como el bacteriólogo en la eficacia de su microscopio. No es, pues, tan escéptico como parece. ¿Será posible afirmar lo mismo de quienes elevan la duda al rango de sistema?

El escepticismo sistemático podría definirse como la actitud de aquellos que dudan de todo, no en forma pasajera, sino de manera permanente. Por el momento no prejuzgamos si tal postura es posible; sólo nos interesa recordar que a través de la historia ha habido hombres que han creído tal cosa, y se han dado a sí mismos el nombre de escépticos. Esos hombres declaran no creer en nada, y afanosamente buscan las razones justificativas de su posición. Podrá discutirse si fueron realmente escépticos, mas no que así lo hayan afirmado. Convendría exa-

minar la autenticidad o falsedad de esta actitud, a través de las doctrinas de algunos pirrónicos.

Pero al formular este interrogante, al punto nos asalta la duda de que estos filósofos hayan dudado de todo. Porque decir que no se cree en nada, es afirmar algo, y quien afirma adopta una postura que excluye la duda. Un escéptico perfecto, si lo hubiera, tendría, por definición, que dudar siempre, incluso de su misma duda. Ello implicaría, empero, un regreso infinito. Pues habría que dudar también de la duda de la duda, y así sucesivamente.

La dificultad sube de punto cuando se piensa en las doctrinas de los escépticos. Porque una doctrina es un complejo orgánico de afirmaciones, argumentos, conclusiones y pruebas, es decir, algo esencialmente dogmático. La doctrina que no se presenta con pretensiones de objetividad, no es verdadera doctrina, sino mera opinión. E incluso las opiniones tienen un cierto cariz dogmático, en cuanto pretenden ser correctas o, al menos, probables.

Si releemos, verbigracia, los tropos de Enesidemo, podremos percatarnos de que el pensador de Cnosos no pone en tela de juicio la solidez de sus argumentaciones. Está perfectamente convencido de la verdad de las mismas, y por ello las expone y defiende. No duda de

ellas, aun cuando las ofrece como razones justificativas de toda duda

¿No es patente la contradicción? Afirmar que se duda de todo, y que hay excelentes motivos para ello, es creer en la duda, y en la bondad de los motivos. Pero tal creencia es destructora de la tesis misma en que se cree. En cuanto el escepticismo deja de ser oscilación interna, es decir, estado psicológico, movimiento pendular, y quiere convertirse en doctrina, automáticamente se destruye. Es como el dragón mitológico que se devora a sí mismo.

Si doctrina es afirmación, y hay teóricos del escepticismo, tendremos que considerarlos como falsos escépticos. Llégase de este modo a una curiosa conclusión: los verdaderos escépticos no figuran en la historia de la filosofía, y quienes en ella ostentan ese nombre, en modo alguno lo merecen.

La duda auténtica es inexpresable; el perfecto escéptico tendría que enmudecer. Pues afirmar la duda es reconocer que algo hay no dudoso, a saber, la fluctuación interna del propio pensamiento. Por eso Descartes, que creía dudar de todo, descubrió que no podía dudar de que dudaba.

Las enseñanzas de los escépticos implican necesariamente, por el hecho mismo de ser doctrinas, una actitud dogmática. Hay, pues, una contradicción patente entre la posición afirmativa del credo escéptico y este credo que se afirma. Porque la aseveración de que se duda de todo, así como la explicación de las razones en que la duda descansa, formúlanse de manera dogmática, con la seguridad de que son verdaderas.

Siendo esto así, resulta que el escepticismo es impensable como confesión personal. Por ello afirmamos que los escépticos no han teorizado nunca, en tanto que los teóricos del escepticismo no son escépticos verdaderos.

Un examen cuidadoso de las doctrinas de los pirrónicos, verbigracia, revelaría que éstos fueron, en realidad, relativistas, mas no escépticos. El relativismo antiguo encontró en los tropos de Enesidemo su más contundente expresión. Los argumentos del pensador de Cnosos se hallan, sin embargo, a mil leguas de distancia del genuino escepticismo. Y en el fondo coinciden con las ideas defendidas mucho tiempo antes por Protágoras y algunos otros sofistas. Son dogmatismo puro. Se trata, es verdad, de un dogmatismo con signo negativo, como el que cualquier relativismo implica, mas, en último análisis, de un dogmatismo. Lo que los llamados escépticos hicieron no fué otra cosa que revivir el sensualismo relativista del orador de Abdera, y ofrecer nuevos argumentos y ejem-

plos en apoyo de la tesis que hace del hombre "la medida de todas las cosas" (35).

21 — EL ESCEPTICISMO PRACTICO — La falsedad del escepticismo resulta aun más patente en el terreno de la acción. Se puede sustentar el escepticismo en teoría, pero es imposible transformarlo en criterio orientador de la conducta. Para ello sería indispensable abstenerse de toda actividad. Si se piensa que, en el orden teórico, no es posible afirmar ni negar nada con certeza, en el práctico habrá que considerar todo proceder como indiferente o adiáforo. Cuando se duda del bien y del mal no se puede creer en la utilidad o valor de determinada forma de vida, ni realizar ningún acto de postergación o preferencia. Dicho de manera más simple. la única actitud consecuente con el credo escéptico consistiría en abstenerse de adoptar una actitud. Ahora bien: esto es imposible. Suponga-

---

(35) Los nombres más ilustres del escepticismo pertenecen a la historia de la filosofía helénica. Victor Brochard divide el escepticismo griego en cuatro etapas: escepticismo práctico, escepticismo académico, escepticismo dialéctico y escepticismo empírico. Los representantes principales de estos cuatro períodos fueron: Escepticismo práctico — Pirrón (365 — 275 A.C.), y Timón (325 — 235 A.C.), Escepticismo académico — Arcesilao (315 — 240 A.C.), y Carneades (219 — 129 A.C.), Escepticismo empírico — Sexto Empírico (siglo III D.C.), Escepticismo dialéctico — Enesidemo (siglo II D.C.)

La historia de la filosofía moderna clasifica como escépticos a Michel de Montaigne (1533 — 1592), Pierre Charron (1541 — 1603), y Francisco Sánchez (1562 — 1632)

mos por un instante que un incrédulo radical se propusiese vivir su escepticismo y abstenerse de cualquiera actividad. Ni siquiera de este modo dejaría de ponerse en contradicción consigo mismo, pues el propósito de no hacer nada sería ineludiblemente un propósito, así como la idea de evitar toda actitud equivaldría a asumir una muy bien definida. Ello revela, de manera evidente, que el escepticismo no es sólo impensable como doctrina, sino incompatible con la acción y, por ende, impracticable como regla de vida. Dijimos antes que el perfecto escéptico tendría que enmudecer. Ahora estamos en condiciones de agregar tendría que morir. Pues la existencia exige a cada paso de nosotros que tomemos posición ante ella. Este es el sentido profundo de la fábula del asno de Buridan. Era el asno de marras un escéptico tan perfecto, que su escepticismo le costó la vida.

El análisis de las doctrinas morales de los escépticos corrobora la tesis de que el escepticismo es incompatible con la acción. La idea de que el hombre ha de esforzarse por realizar el ideal de la *ataraxia* (imperturbabilidad, impasibilidad), implica necesariamente un juicio de valor. Es decir supone que la impasibilidad y la tranquilidad del ánimo son valiosas. El hecho de que los escépticos griegos discutesen con tanto apasionamiento el problema del soberano bien y se esforzasen por establecer el ideal del sabio, prueba de un modo evidente que su escepticismo no era ni podía ser absoluto. Los pírrónicos acepta-

ban la existencia de determinados valores y la necesidad de una moral. Las enseñanzas de Sexto Empírico, por ejemplo, no dejan ninguna duda sobre este punto. Aun cuando se ponga en tela de juicio la posibilidad de una ciencia dogmática, decía Sexto, puede aceptarse una serie de reglas de conducta, una moral que permite al hombre alcanzar una felicidad relativa. De tales reglas, cuatro son las más importantes 1) la primera consiste en seguir las indicaciones de la naturaleza; 2) la segunda, en ceder a los impulsos de las disposiciones pasivas “el escéptico come si tiene hambre, bebe si está sediento”, 3) la tercera, en someterse a las leyes y costumbres del país en que se vive; la cuarta, en no permanecer inactivo, y cultivar alguna de las artes (36).

Todas estas reglas básanse en criterios axiológicos. La primera parte del supuesto de que lo que tiene su origen en la naturaleza es plenamente valioso, la segunda se funda en la idea de que las necesidades humanas, precisamente por su misma naturalidad, deben ser satisfechas con moderación; la tercera implica el reconocimiento de que las leyes y costumbres del país merecen acatamiento y respeto; la última condena de manera expresa el propósito de la inactividad y exalta la dignidad del trabajo.

---

(36) Victor Brochard, *Les sceptiques grecs* 2me Edition, Paris, 1923, pág 360

---

## E L E S C E P T I C I S M O M O R A L

---

Así pues, aun cuando se niegue, en teoría, la existencia de criterios sólidos de certidumbre, en la práctica se confiesa la necesidad de la moral y se enseña que hay formas de vida que deben ser realizadas y otras que conviene evitar. En suma se procede, **de facto**, dogmáticamente. Por ello, las predicaciones morales de los pirrónicos representan el mejor argumento en contra de la convicción fundamental de la escuela escéptica.